

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8364

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚM. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIEBAS 4.

Martes 24 Septiembre de 1889

MI OPINIÓN sobre el conflicto hispano-marroquí.

De esas kábilas salvajes no me espantan los ultrages, pues el café sin esencia que toman sus personajes no es de *El Barco de Valencia*.

Lo extraño es que hay-n de ir hoy los buques por la posta satisfacción á exigir, cuando debieran vivir recorriendo aquella costa.

El pabellón paseado por un grande acorazado y una escuadra improvisada, es un alarde gastado que no nos conduce á nada.

Ténganse dos cañoneros un vapor y una goleta todo el año de cruceros, y esos moros perdioseros no nos harán otra treta.

Y en menos de un santiamén les introduzco en la panza y dias de honor y bien y luego del Riff un edén de paz y buena crianza

Siendo así, me voy al puerto, tomo pase para el charco, me calo un turbante ingerto y cátafe un moro tuerto vendiendo café de *El Barco*.

Benigno Sánchez Risueño, Representante General para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia de los acreditados chocolates y cafés de *El Barco de Valencia*.

Recomendamos.—Quinina dulce Baeza.—(Véase anuncio 4.ª plana.)

LOS VIVIDORES.

Nada más natural que el instinto de conservación, que alcanza hasta los seres más rudimentarios de la escala zoológica, determinando la lucha por la existencia, en virtud de la cual viene el mundo á ser eterno campo de Agramante, conmovido sin cesar por el estruendo de furiosas tempestades. Vivir, sea como fuere, es la suprema aspiración de todo lo que nace, y de aquí esa guerra á muerte en que nos hallamos envueltos, ese luchar formidable que constituye la vida, extraño concierto de grandezas y de miserias, á las que se juntan el ay desesperado del vencido y el grito de triunfo del vencedor.

Vivir, repetimos es la suprema aspiración de cuanto alienta, y para prolongar, siquiera no sea más que un instante, la vida, hacemos esfuerzos verdaderamente titánicos. Cada sér dispone de medios peculiares para luchar por la existencia; nosotros vamos á ocuparnos solamente del hombre, pues no es nuestro ánimo hacer el recorrido de la gama zoológica.

Pasemos por alto á los privilegiados de la suerte, á los que al nacer se encontraron con el pan en la boca, á los que consumen las energías de su espíritu ó de su cuerpo en las nobilísimas luchas del trabajo, y á los saltadores del prójimo, y dediquemos preferente atención á los llamados *vividores*. Por regla general, éstos no tienen inclinaciones determinadas ni mucha estrechez de conciencia, ni grande amplitud de espíritu; son incapaces de darse malos ratos, consagrándose al estudio de la naturaleza, de la ciencia ó del arte, porque les falta voluntad y no les sobra substancia

gris en la cabeza; sirven lo mismo para un tregado que para un barrido, y todo les es igual con tal de vivir, dedicándose para lograrlo al primer arte, carrera ó industria que se les presenta, sin hacer caso de su vocación y á veces ni aún de su conciencia, de donde resulta que tan aceptable les parece echar bendiciones como tomar el pulso á los enfermos, revolver protocolos ó meterse á viajeros de fideos, cual si en este mundo no tuvieran más deberes que satisfacer las exigencias del estómago, aun á trueque de deshonrar la profesión que abrazan y deshonorarse á sí mismos.

Entre los vividores hay una especie digna de meditado estudio: los vividores políticos. Este grupo es el elemento más perturbador y levantisco, el que bulle sin cesar y se encuentra en todas partes y en ninguna; el que azota las pasiones, el que difama, el que adula, la oruga, en suma, que todo lo mancha y de todo se nutre á fin de transformarse en mariposa. Sin importarles un bledo de la monarquía ni de la república, siéndoles indiferentes que mande Juan ó Perico el de los Palotes, y buscando sólo el medo personal y la satisfacción de mezquinas pasiones, son los vividores políticos materia siempre disponible para todas las maquinaciones, farsas é intrigas, y hacen vergonzoso comercio de su conciencia.

Para ellos la patria nada vale, las leyes de la dignidad y del decoro son letra muerta; el caso es vivir, aunque la opinión pública los señale con el dedo y tengan que arrastrar su prestigio por el lodo. Si el agio y la explotación envilecen tratándose de los intereses privados, digásenos hasta qué punto se prostituyen los que trafican con los sacratísimos intereses de la patria.

El día en que los vividores políticos desaparezcan, habremos dado un gran paso. Quiera Dios que sea luego, y que á su memoria acompañe siempre la execración de las conciencias honradas.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

CAPAZO.

Charada

En un castillo roquero que se levanta altanero sobre un peñón de la sierra, se halla un noble caballero disponiéndose á la guerra.

Desde el macero hasta el page, cuantos rinden vasallaje al señor de aquel castillo, preparan por equipage lanza y cruz como el caudillo.

Todos van á la cruzada á defender con su espada los sacrosantos lugares que guardan en sus pilares toda la historia sagrada.

El musulmán atrevido aquel suelo, sin piedad ha hollado y escarnecido: por eso el fiero rugido que exhala la cristiandad.

Por eso la gente ociosa ya se prepara á la lucha; por eso nadie reposa en el castillo, y se escucha la algarazara belicosa.

Sólo un anciano el estruendo no percibe, está escribiendo; y escribe con tanta calma que en aquel escrito el alma parece que va poniendo.

De pronto llama á la gente que como fiero torrente se precipita á su lado, y acercándose á un cruzado mirándole fijamente cuarta dos y prima dos dice, al todo señalando, vengan los demás, y en pos prima tres, y en acabando á luchar por nuestro Dios.

Ginés S. Jorquera.

La solución en el número próximo.

MAMA É HIJO

Un viaje con una señora, que se marea, acompañando á un niño pequeño, y á quien se vé por vez primera, tiene muchos atractivos.

Esta suerte me cupo en el último viaje que hice á Madrid.

Cuando acomodado yo perfectamente en un departamento de primera, con la esperanza de ir solo, vi entrar una señora bastante pasada de moda, y de años, con todos los retoques de una cursi que quiere pasar por extralegante, acompañada de una criatura con los ojos lagrimosos y la barbilla llena de babas, sentí un escalofrío general y amago de convulsión, que me hizo estremecer.

Vacíle un momento entre si cambiaba de departamento y hasta de coche, ó me resignaba á sufrir todo lo que me viniera encima, como consecuencia de la compañía de la mamá y el tierno hijo de sus entrañas.

El pito sonó, la máquina se puso en movimiento y el problema quedó resuelto.

Aunque desde luego yo vi claro el ciclón que me amenazaba, confieso francamente que nunca pude creer que llegara á las proporciones que luego alcanzó.

El angelito tenía ya el uso de la palabra, y el de las piernas, y no hay que extrañarse, ni creer que fuera una precocidad nada común.

El alma mía, tenía doce años nada más, si bien el raquitismo, que padecía, se negó á su desarrollo, y cualquiera hubiera creído que tenía cuatro.

A los doce años no es una rareza que hablara de corrido y andara con perfección sin necesidad de andadores.

Sin embargo; la anemia lo tenía tan atrasado, que sus facultades intelectuales corrían pareja con las físicas.

La mamá, fea de nacimiento y habladora como pocas, tomó la palabra antes de dejar la estación y la dejó en Madrid, con pequeños intervalos, que dividí entre comer y roncar. Para esto último es una notabilidad la buca de la señora.

Yo que duermo en la punta de una bayoneta, no pude un instante pegar los ojos.

Si la señora estaba despierta, no sabía callar.

Si se dormía un instante, por no callar roncaba magistralmente.

Antes de llegar á la estación de La Palma, sabía yo ya que era viuda, que tenía, para mí se ustedes... *veinte y ocho años*, (cuidado con seguridad de sesenta no bajaba al un mes) que su papá había sido teniente coronel de

la guardia civil (regularmente lo de coronel debió ser un desahogo de la hija), que ella había tenido muchos adoradores; que... la mar, el Océano... el Mediterráneo... yo no sé cuánto me contó en tan corto trayecto.

Al dar fondo en La Palma, para seguir incontinente, el pobre niño preguntó si ya estábamos en Madrid, y al saber que no, echó á llorar con toda su alma.

Francamente confieso, que á mi también me dieron ganas de prorumpir en llanto, al contemplar el viaje que me esperaba.

La mamá del infante lo tranquilizó con buenas palabras, y el tío arrancó de nuevo.

De pronto, aquella señora se puso pálida, muy pálida, manifestándome que iba mareada.

Dos amenazadoras argucias me hicieron cambiar de sitio, y en efecto, por ligera que ella anduvo para asomarse á la ventana, la desgracia ocurrió en el mismísimo coche, y sobre el almohadón que acababa yo de dejar.

Lo que por mí pasó, no es para dicho, ni aunque fuera sabría yo explicarlo.

Con decir que tuve constato de arrojarme á la vía y suicidarme, creo decir bastante.

Hubierame cambiado en aquel momento por un fardo de patatas que vi meter en un wagon de mercancías, con tal de no ir en aquel coche.

El niño fue tomando confianza conmigo, y en tanto me me colaba en las piernas, como me tiraba de la nariz, todo lo cual hacía sonreír á su apreciable mamá, que solía decirme: —Es muy mono este chico.

—Monísimo, le contestaba yo con todas las de Calán.

La señora, apesar de su estado delicado, porque un mareo es muy delicado, regaña enlazando historias, que á mi maldito si me importaban un comino.

Todo su afán era demostrarme que tenía mucho partido entre los hombres, y que era muy señora.

Yo me daba por convencido de todo, aunque no me satisfacían sus argumentaciones, porque la cara y las maneras las mentaba con un desearo sin igual.

De vez en cuando volvía la palidez, con todo el aparato del mareo, y había asomadas á las ventanas, unas á tiempo y otras con retardo.

El hecho es que el coche estaba convertido en un lugar indigno de ser habitado.

Serian las cuatro de la tarde, cuando el niño sufrió el primer deseo de berrugullir.

Mamá abrió un saquillo de noche, cuyo aspecto no deslumbraba por limpieza; de él sacó una gallina asada, que debió en vida haber ido á Panticosa, según indicaba en cada diente; dijo al niño un musito, con el cual se abajaba, y se empeñó en que yo tomase la parte de pechuga.

Parte de verdad, yo ya sentía bullir el estómago, pero como la gallina sufrió tanto toque por la mamá y el niño; y las manos de ambos seres; distaban mucho de estar en estado de logues, me negué á aceptar la oferta.

A la gallina siguió un buen trozo de ternera, que mentando el negara un bledo carra. Si, señores, tenía aspecto de estar buena, pero sufrió tantas vueltas y revueltas con los veinte mandamientos de las cuatro mandos, que me quedé con el apetito, me contenté con un bocado de las más expresivas gracias.

La liebre criatura se apizó de carne, y moleatándole la pringue en los deditos, con muchísimo de aquél, se limpió en mi cazadora, que por cierto había estrenado ocho dias antes.